

escuchar suspiros ténues y rumurosas risas a través de los ventanales.

Jamás pudo soñar la fantasía lugar tan pintoresco, ribera tan poética como la en que el castillo se asentaba; aquel emplazamiento se debía, sin duda, más que a un ceñudo guerrero medioeval, al capricho de una altiva matrona de blancas y ojos de terciopelo.

En el fondo del valle el río, serpeante, canta amores saltando las piedrezuelas que oponen a su paso obstáculos sin número, y esmalta con su espuma las orillas bordeadas de flores y arbustos; en la vertiente de la sierra una vegetación bravía cubre con verde manto las grandes quebraduras del terreno, el aire embalsamado enerva los sentidos, y, saturada el alma de tanta placidez y de tanta belleza, vuela por el espacio buscando un Infinito, aún más allá, otro mundo exento de amaruras.

¿Quién pintará aquel valle alumbrado por los purísimos cambiantes de un cielo que se enciende en violeta y se torna en carmín, y luego en oro, y, más tarde, en cataratas de luz, de blanca luz, emanadas de un sol espléndido y radiante que asciende en el cenit ahuyentando los ténues vapores que, cual sutil cendal, cubre las crestas de los montes?

¡Todo allí convidaba a vivir! ¡Todo era bello!

Nunca el señor se había dignado visitar la hacienda, cuidadosamente restaurada, en su interior. Conocíanle las gentes del país por las muchas limosnas que hacía en su nombre el señor cura, cuando el invierno paralizaba los trabajos y el cierzo enervaba los cuerpos: sabían que era un Creso; sabían que era bueno. Esto bastaba.

Por eso, al tener noticia de su llegada, habíanse agitado y, olvidando su existencia vegetativa, todas las conversaciones convergían a él y todas las miradas eran para su castillo.

Acompañaba al señor una hija muy joven, alhajada como una princesa y hermosa como un ángel. Era el padre un anciano que inspiraba respeto; la doncella un sér que inspiraba cariño.

Nada más sabía la pelirrubia moza que se quedó en la plaza con la mirada fija, luciendo unos brazos tostados y robustos, con las manos enlazadas por detrás de la

cabeza y entreabierta la boca para dejar pasar libre un suspiro muy hondo. Y al terminar su relación y despedirse, obseccionada por su idea, deslumbrado su pobre cerebro por las magnificencias que había visto, se alejó repitiendo: ¡Mañana, qué suerte!

Confieso que la charla de aquella muchacha me había interesado. La joven castellana poseía, sin duda, un poder atrayente extraordinario, pues, aun sin conocerla, mi pensamiento iba hacia ella, y al caer de la tarde, dirigí mi paseo a la mansión feliz que daba albergue a belleza tan ponderada.

En vano pasé y torné a pasar mirando las estrechas ojivas que rompían la monotonía de los rojizos torreones; inútilmente escudriñé el patio de honor a través de la espesa enramada, y entré en mi casa contrariado y mohino por no haber podido contemplar el elegante busto de la desconocida dama.

Sorpresa inenarrable me produjo la lectura de una esquila timbrada que hallé sobre mi mesa. El señor conde me rogaba que fuese por su casa al día siguiente para ver a su hija y encargarme de dirigir su curación.

¡Figuráos mi asombro!

Llegó a la hora fijada: creo innecesario encareceros mi puntualidad.

De noble faz y arrogante catadura, muy cuidada la barba encanecida, ojos inquietos y escrutadores, sombreados por espesas cejas, afable y reposado al hablar: tal era el conde.

Visitábale ya de muchos años un maestro mío muy querido que, al conocer el pueblo a donde iba, le habló de mi existencia en él convaleciendo de una afección pasada. Como son los maestros padres cariñosísimos, que ven reproducir en otro cerebro cultivado por ellos, las ideas que cuidadosamente sembraron, habló de mí, como los padres hablan de sus hijos. Ved por qué fuí llamado.—Ya sé —me dijo el conde— que mi hija está herida de muerte, que la Ciencia es impotente y sus esfuerzos inútiles para dominar esta enfermedad temible que siega en flor millares de existencias; pero usted puede levantar su espíritu, ocultar a sus ojos la sima que ante sus plantas se abre, hacerla confiar en una curación tanto más deseada cuanto es más imposi-